

temer que tan presto haya hecho mudanza, y me olvide. Sosegáos, pastoras, dijo entonces Rosaura, que yo os sacaré presto desahogada en que estáis; y dejándolas á ellas, se fué adonde el pastor estaba dando á aquellos pastores cuenta de la extraña condicion de Gelasia, y de las sinrazones que con él usaba. A su lado tenia el pastor la hermosa pastorcilla que decia ser su hermano, á la cual llamó Rosaura, y apartándose con ella á un cabo, la importunó y rogó le dijese cómo se llamaba su hermano, y si tenia otro alguno que le pareciese. A lo cual la pastora respondió que se llamaba Galercio, y que tenia otro que se llamaba Artidoro, que le parecia tanto, que apenas se diferenciaban, si no es por alguna señal de los vestidos, ó por el órgano de la voz, que en algo diferia. Preguntóle tambien qué se habia hecho Artidoro. Respondióle la pastora que andaba en unos montes algo de allí apartados, repastando parte del ganado de Grisaldo, con otro rebaño de cabras suyas, y que nunca habia querido entrar en el aldea, ni tener conversacion con hombre alguno, despues que de las riberas del Henáres habia venido; y con estas le dijo otras particularidades tales, que Rosaura quedó satisfecha de que aquel pastor no era Artidoro, sino Galercio, como Leonarda habia dicho y aquella pastora decia, de la cual supo el nombre, que se llamaba Maurisa: y trayéndola consigo adonde Galatea y las otras pastoras estaban, otra vez en presencia de Teolinda y Leonarda contó todo lo que de Artidoro y Galercio sabia, con lo que quedó Teolinda sosegada, y Leonarda descontenta, viendo cuán descuidadas estaban las mentes de Galercio de pensar en cosas suyas. En las pláticas que las pastoras tenian, acertó que Leonarda llamó por su nombre á la encubierta Rosaura, y oyéndolo Maurisa, dijo: Si yo no me engaño, señora, por vuestra causa ha sido aquí mi venida y la de mi hermano. ¿En qué manera? dijo Rosaura. Yo os lo diré, si me dais licencia de que á solas os lo diga, respondió la pastora. De buena gana, replicó Rosaura; y apartándose con ella la pastora, le dijo: Sin duda alguna, hermosa señora, que á vos y á la pastora Galatea, mi hermano y yo con un recaudo de nuestro amo Grisaldo venimos. Así debe ser, respondió Rosaura, y llamando á Galatea, entrambas escucharon lo que Maurisa de Grisaldo decia, que fué avisarles como de allí á dos dias vendria con dos amigos suyos á llevarla en casa de su tia, adonde en secreto celebrarian sus bodas, y juntamente con esto dió de parte de Grisaldo á Galatea unas ricas joyas de oro, como en agradecimiento de la voluntad que de hospedar á Rosaura habia mostrado. Rosaura y Galatea agradecieron á Maurisa el buen aviso, y en pago dél la discreta Galatea queria partir con ella el presente que Grisaldo le habia enviado, pero nunca Maurisa quiso recibirlo. Allí de nuevo se tornó á informar Galatea de la semejanza extraña que entre Galercio y Artidoro habia. Todo el tiempo que Galatea y Rosaura gastaban en hablar á Maurisa, le entretenian Teolinda y Leonarda en mirar á Galercio, porque cebados los ojos de Teolinda en el rostro de Galercio, que tanto al de Artidoro semejava, no podia apartarlos de mirar; y como los de la enamorada Leonarda sabian lo que miraban, tambien le era imposible á otra parte volverlos. A esta sazón ya los pastores habian consolado á Galercio, aunque para el mal que padecia cualesquier consejos y consuelos tenia por vanos y excusados, todo

lo cual redundaba en daño de Leonarda. Rosaura y Galatea, viendo que los pastores hácia ellas se venian, despidieron á Maurisa, diciéndole que dijese á Grisaldo como Rosaura estaria en casa de Galatea. Maurisa se despidió dellas, y llamando á su hermano, en secreto le contó lo que con Rosaura y Galatea pasado habia, y así con buen comedimiento se despidió dellas y de los pastores, y con su hermana dió la vuelta á su aldea; pero las enamoradas hermanas Teolinda y Leonarda, que vieron que en irse Galercio se les iba la luz de sus ojos y la vida de su vida, entrambas á dos se llegaron á Galatea y á Rosaura, y les rogaron les diesen licencia para seguir á Galercio, dando por excusa Teolinda que Galercio le diria adónde Artidoro estaba; y Leonarda, que podria ser que la voluntad de Galercio se trocarse viendo la obligacion en que le estaba. Las pastoras se la concedieron, con la condicion que ántes Galatea á Teolinda habia pedido, que era que de todo su bien ó su mal la avisase. Tornósele á prometer Teolinda de nuevo, y de nuevo despidiéndose, siguió el camino que Galercio y Maurisa llevaban. Lo mismo hicieron luego, aunque por diferente parte, Timbrio, Tirsi, Damon, Orompo, Crisio, Marsilio y Orfenio, que á la ermita de Silerio con las hermosas hermanas Nisida y Blanca se encaminaron, habiendo primero ellos y ellas despedidos del venerable Aurelio, y de Galatea, Rosaura y Florisa, y asimismo de Elicio y Erastro, que no quisieron dejar de volver con Galatea, ofreciéndose Aurelio que en llegando á su aldea iria luego con Elicio y Erastro á buscarlos á la ermita de Silerio, y llevaria algo con que satisfacer la incomodidad que para agasajar tales huéspedes Silerio tendria: con este prosupuesto unos por una, y otros por otra parte se apartaron, y echando al despedirse ménos al anciano Arsindo, vieron que sin despedirse de ninguno iba lejos por el mismo camino que Galercio y Maurisa y las rebozadas pastoras llevaban, de que se maravillaron: y viendo que ya el sol apresuraba su carrera para entrarse por las puertas del occidente, no quisieron detenerse allí mas, por llegar á la aldea ántes que las sombras de la noche. Viéndose pues Elicio y Erastro ante la señora de sus pensamientos, por mostrar en algo lo que encubrir no podian, y por alijer el cansancio del camino, y aun por cumplir el mandado de Florisa, que les mandó que en tanto que á la aldea llegaban, algo cantasen, al son de la zampoña de Florisa, desta manera comenzó á cantar Elicio, y á responder Erastro.

El. El que quisiere ver la hermosa
Mayor que tuvo, ó tiene, ó terná el suelo,
El fuego y el crisol, donde se apura
La blanca castidad y el limpio celo,
Todo lo que es valor, sér y cordura,
Y cifrado en la tierra un nuevo cielo,
Juntas en uno alteza y cortesia,
Venga á mirar á la pastora mia.

Er. Venga á mirar á la pastora mia
Quien quisiere contar de gente en gente
Que vió otro sol, que daba luz al dia,
Mas claro, que el que sale del oriente:
Podrá decir cómo su fuego enfria,
Y abraza al alma que tocar se siente
Del vivo rayo de sus ojos bellos,
Y que no hay mas que ver despues de vellos.

El. Y que no hay mas que ver despues de vellos,
Sábenlo bien estos cansados ojos,
Ojos, que por mi mal fueron tan bellos,
Ocasión principal de mis enojos:
Vilos, y ví que se abrasaba en ellos
Mi alma, y que entregaban los despojos
De todas sus potencias á su llama,

Que me abraza y me hiela, arroja y llama.

Er. Que me abraza y me hiela, arroja y llama,
Esta dulce enemiga de mi gloria,
De cuyo itustre sér puede la fama
Hacer extraña y verdadera historia:
Solo sus ojos, do el amor derrama
Toda su gracia y fuerza mas notoria,
Darán materia que levante al cielo
La pluma del mas bajo humilde vuelo.

El. La pluma del mas bajo humilde vuelo,
Si quiere levantarse hasta la esfera,
Cante la cortesia y justo celo
Desta fénix sin par, sola y primera:
Gloria de nuestra edad, honra del suelo,
Valor del claro Tajo y su ribera,
Cordura sin igual, rara belleza
Donde mas se extremó naturaleza.

Er. Donde mas se extremó naturaleza,
Donde ha igualado el pensamiento al arte,
Donde juntó el valor y gentileza
Que en diversos sujetos se reparte:
Y adonde la humildad con la grandeza
Ocupan solas una mesma parte,
Y adonde tiene amor su albergue y nido,
La bella ingrata mi enemiga ha sido.

El. La bella ingrata mi enemiga ha sido
Quien quiso, y pudo, y supo en un momento
Tenerme de un sutil cabello asido
El libre vagaroso pensamiento:
Y aunque al estrecho lazo estoy rendido,
Tal gusto y gloria en las prisiones siento,
Que extendiendo el pié y el cuello á las cadenas,
Llamando dulces tan amargas penas.

Er. Llamando dulces tan amargas penas
Paso la corta fatigada vida,
Del alma triste sustentada apenas,
Y aun apenas del cuerpo sostenida:
Ofrecióse fortuna á manos llenas
A mi breve esperanza fe cumplida;
¿Qué gusto pues, qué gloria ó bien se ofrece
Do mengua la esperanza y la fe crece?

El. Do mengua la esperanza y la fe crece,
Se descubre y parece el alto intento
Del firme pensamiento enamorado,

Que solo conlido en amor puro,
Vive cierto y seguro de una paga
Que al alma satisfaga limpiamente.

Er. El misero doliente, á quien sujeta
La enfermedad y apricta, se contenta
Cuando mas le atormenta el dolor fiero,
Con cualquiera lijero breve alivio:
Mas cuando ya mas tibio el daño toca,
A la salud invoca y busca entera;
Así desta manera el tierno pecho
Del amador, deshecho en llanto triste
Dice que el bien consiste de su pena
En que la luz serena de los ojos,
A quien dió los despojos de su vida,
Le mire con fingida ó cierta muestra;
Mas luego amor le adiestra y le desmanda,
Y mas cosas demanda que primero.

El. Ya traspone el otero el sol hermoso,
Erastro, y á reposo nos convida
La noche denegrida que se acerca.

Er. Y el aldea está cerca, y yo cansado.

El. Pongamos pues silencio al canto usado.

Bien tomaran por partido los que escuchando á Elicio y á Erastro iban; que mas el camino se alargara, por gustar mas del agradable canto de los enamorados pastores; pero el cerrar de la noche, y el llegar á la aldea hizo que dél cesasen, y que Aurelio, Galatea, Rosaura y Florisa en su casa se recogiesen. Elicio y Erastro hicieron lo mismo en las suyas, con intencion de irse luego adonde Tirsi y Damon, y los demas pastores estaban, que así quedó concertado entre ellos y el padre de Galatea: solo esperaban á que la blanca luna desterrase la escuridad de la noche; y así como ella mostró su hermoso rostro, ellos se fueron á buscar á Aurelio, y todos juntos la vuelta de la ermita se encaminaron, donde les sucedió lo que se verá en el siguiente libro.

LIBRO QUINTO.

ERA tanto el deseo que el enamorado Timbrio y las dos hermosas hermanas Nisida y Blanca llevaban de llegar á la ermita de Silerio, que la lijereza de los pasos, aunque era mucha, no era posible que á la de la voluntad llegase; y por conocer esto, no quisieron Tirsi y Damon importunar á Timbrio cumplierse la palabra que habia dado de contarles en el camino todo lo por él sucedido despues que se apartó de Silerio; pero todavía, llevados del deseo que tenian de saberlo, se lo iban ya á preguntar, si en aquel punto no hiriera en los oídos de todos una voz de un pastor, que un poco apartado del camino entre unos verdes árboles cantando estaba, que luego en el son no muy concertado de la voz y en lo que cantaba, fué de los mas que allí venian conocido, principalmente de su amigo Damon, porque era el pastor Lauso el que al son de un pequeño rabel unos versos decia, y por ser el pastor tan conocido, y saber ya todos la mudanza que de su libre voluntad habia hecho, de comun parecer recogieron el paso, y se pararon á escuchar lo que Lauso cantaba, que era esto.

LAUSO.

¿Quién mi libre pensamiento
Me le vino á sujetar?
Quién pudo en flaco cimiento
Sin ventura fabricar
Tan altas torres de viento?
Quién rindió mi libertad
Estando en seguridad
De mi vida satisfecho?
De mi vida satisfecho?
Quién abrió y rompió mi pecho,
Y robó mi voluntad?

¿Donde está la fantasia
De mi esquivada condicion?
Dó el alma que ya fué mia,
Y dónde mi corazon
Que no está donde solia?
Mas yo todo ¿dónde estoy?
Dónde vengo? ¿adónde voy?
¿A dicha sé yo de mí?
¿Soy por ventura el que fui,
O nunca he sido el que soy?

T. 1.

Estrecha cuenta me pido
Sin poder averigualla,
Pues á tal punto he venido
Que aquello que en mí se halla
Es sombra de lo que he sido:
No me entiendo de entenderme
Ni me valgo por valerme;
Y en tan ciega confusion
Cierta está mi perdicion
Y no pienso de perderme.

La fuerza de mi cuidado
Y el amor que lo consiente
Me tienen en tal estado,
Que adoro el tiempo presente,
Y lloro por el pasado:
Véome en este morir,
Y en el pasado vivir,
Y en este adoro mi muerte,
Y en el pasado la suerte
Que ya no puede venir.

En tan extraña agonía
El sentido tengo ciego,
Pues viendo que amor porfia,
Y que estoy dentro del fuego,
Aborrezco el agua fria:
Que sino es la de mis ojos
Que el fuego aumenta y despojos
En esta amorosa fragua,
No quiero, ni busco otra agua,
Ni otro alivio á mis enojos.

Todo mi bien comenzara,
Todo mi mal feneciera,
Si mi ventura ordenara
Que de ser mi fe sincera
Silena se asegurara:
Suspiros, aseguralda,
Ojos míos, enteralda
Llorando en esta verdad:
Pluma, lengua, voluntad,
En tal razon confirmalda.

No pudo ni quiso el presuroso Timbrio aguardar á que mas adelante el pastor Lauso con su canto pasase, porque rogando á los pastores que el camino de la ermita le enseñasen, si ellos quedarse querian, hizo muestras de adelantarse, y así todos le siguieron, y pasaron tan cerca de donde el enamorado Lauso estaba, que no pudo dejar de sentirlo y de salirles al encuentro, como lo hizo, con cuya compañía todos se holgaron, especialmente Damon, su verdadero amigo, con el cual se acompañó todo el camino que desde allí á la ermita habia, razonando en diversos acasimientos que á los dos habian sucedido despues que dejaron de verse, que fué desde el tiempo que el valeroso y nombrado pastor Astraliano habia dejado los cisalpinos pastos, por ir á reducir

aquellos que del famoso hermano y de la verdadera religion se habian rebelado, y al cabo vinieron á reducir su razonamiento á tratar de los amores de Lauso, preguntándole ahincadamente Damon que le dijese quién era la pastora que con tanta facilidad de la libre voluntad le habia rendido; y cuando esto no pudo saber de Lauso, le rogó con grandes véras que á lo ménos le dijese en qué estado se hallaba, si era de temor ó de esperanza, si le fatigaba ingratitud, ó si le atormentaban celos. A todo lo cual satisfizo bien Lauso, contándole algunas cosas que con su pastora le habian sucedido: y entre otras le dijo, como hallándose un día celoso y desfavorecido, habia llegado á términos de desesperarse ó de dar alguna muestra que en daño de su persona y en el del crédito y honra de su pastora redundase; pero que todo se remedió con haberla hablado, y haberle ella asegurado ser falsa la sospecha que tenia. Confirmado todo esto con darle un anillo de su mano, que fué parte para volver á mejor discurso su entendimiento, y para solemnizar aquel favor con un soneto, que de algunos que le vieron fué por bueno estimado. Pidió entónces Damon á Lauso que le dijese; y así sin poder excusarse le hubo de decir, que era este.

LAUSO.

Rica y dichosa prenda, que adornaste
El precioso marfil, la nieve pura;
Prenda que de la muerte y sombra oscura
A nueva luz y vida me tornaste:
El claro cielo de tu bien trocaste
Con el infierno de mi desventura,
Porque viviese en dulce paz segura
La esperanza que en mi resucitaste.
¿Sabes cuánto me cuestas, dulce prenda?
El alma, y aun no quedo satisfecho,
Pues menos doy de aquello que recibo.
Mas porque el mundo tu valor entienda,
Sé tu mi alma, enciértrate en mi pecho,
Verán cómo por ti sin alma vivo.

Dijo Lauso el soneto, y Damon le tornó á rogar que si otra alguna cosa á su pastora habia escrito, se la dijese, pues sabia de cuánto gusto le era á él oír sus versos. A esto respondió Lauso: Eso será, Damon, por haberme sido tú maestro en ellos, y el deseo que tienes de ver lo que en mí aprovechaste, te hace desear oírlos: pero sea lo que fuere, que ninguna cosa de las que yo pudiere, te ha de ser negada; y así te digo, que en estos mismos dias, cuando andaba celoso y mal seguro, envié estos versos á mi pastora.

LAUSO Á SILENA.

En tan notoria simpleza
Nacida de intento sano
El amor rige la mano,
Y la intencion tu belleza:
El amor y tu hermosura,
Silena, en esta ocasion
Juzgarán á discrecion
Lo que tendrás tú á locura.
El me fuerza, y ella mueve
A que te adore y escriba,
Y como en los dos estriba
Mi fe, la mano se atreve:
Y aunque en esta grave culpa
Me amenaza tu rigor,
Mi fe, tu hermosura, amor,
Darán del yerro disculpa.
Pues con un arrimó tal
(Puesto que culpa me den)
Bien podrá decir el bien
Que ha nacido de mi mal:
El cual bien, según yo siento,
No es otra cosa, Silena,
Sino que tenga en la pena
Un extraño sufrimiento.

Y no lo encarezco poco
Este bien de ser sufrido,
Que si no lo hubiera sido,
Ya el mal me tuviera loco:
Mas mis sentidos de acuerdo
Todos han dado en decir,
Que ya que haya de morir,
Que muera sufrido y cuerdo.
Pero bien considerado,
Mal podrá tener paciencia
En la amorosa dolencia
Un celoso desamado;
Que en el mal de mis enojos
Todo mi bien desconcierta
Tener la esperanza muerta,
Y el enemigo á los ojos.
Goces, pastora, mil años
El bien de tu pensamiento,
Que yo no quiero contento
Granjeado con tus daños:
Sigue tu gusto, señora,
Pues te parece tan bueno;
Que yo por el bien ajeno
No pienso llorar agora.

Porque fuera livandad
Entregar mi alma al alma
Que tiene por gloria y palma
El no tener libertad:
Mas ¡ay! que fortuna quiere,
Y el amor que viene en ello,
Que no pueda huir el cuello
Del cuchillo que me hiere.

Conozco claro que voy
Tras quien ha de condenarme,
Y cuando pienso apartarme,
Mas quedo y mas firme estoy.
¿Qué lazos, qué redes tienen,
Silena, tus ojos bellos,
Que cuanto mas huyo dellos,
Mas me enlazan y delienen?

¡Ay, ojos de quien recelo
Que si soy de vos mirado,
Es por crecerme el cuidado,
Y por menguarme el consuelo!
Ser vuestras vistas fingidas
Conmigo, es pura verdad,
Pues pagan mi voluntad
Con prendas aborrecidas.

¿Qué recelos, qué temores
Pérsiguen mi pensamiento,
Y qué de contrarios siento
En mis secretos amores!
Déjame, aguda memoria,
Olvidate, no te acuerdes
Del bien ajeno, pues pierdes
En ello tu propia gloria.

Con tantas firmas afirmas
El amor que está en tu pecho,
Silena, que á mi despecho
Siempre mis males confirmas;
¿Oh perdido amor cruel!
¿Cuál ley tuya me condena
Que de yo el alma á Silena,
Y que me niege un papel?

No mas, Silena, que toco
En puntos de tal porfia,
Que el menor dellos podria
Dejarme sin vida, ó loco:
No pase de aquí mi pluma,
Pues tú la haces sentir,
Que no puedo reducir
Tanto mal á breve suma.

En lo que se detuvo Lauso en decir estos versos, y en alabar la singular hermosura; discrecion, donaire, honestidad y valor de su pastora, á él y á Damon se les aligeró la pesadumbre del camino, y se les pasó el tiempo sin ser sentido, hasta que llegaron junto de la ermita de Silerio, en la cual no querian entrar Timbrio, Nísida y Blanca, por no sobresaltarle con su no pensada venida. Mas la suerte lo ordenó de otra manera, porque habiéndose adelantado Tirsi y Damon á ver lo que Silerio hacia, hallaron la ermita abierta y sin ninguna persona dentro, y estando confusos, sin saber dónde podria estar Silerio á tales horas, llegó á sus oídos el son de su arpa, por do entendieron que él no debía de estar lejos; y saliendo á buscarle guiados por el sonido de la arpa, con el resplandor claro de la luna vieron que estaba sentado en el tronco de un olivo, solo y sin otra compañía que la de su arpa, la cual tan dulcemente tocaba, que por gozar de tan suave armonía no quisieron los pastores llegar á hablarle, y mas cuando oyeron que con extremada voz estos versos comenzó á cantar.

SILERIO.

Lijeras horas del lijero tiempo,
Para mi perezosas y cansadas,
Si no estáis en mi daño conjuradas,
Parécaos ya que es de acabarme tiempo.
Si agora me acabais, haréislo á tiempo
Que están mis desventuras mas colmadas:
Mirad que menguarán si sois pesadas:
Que el mal se acaba, si da tiempo al tiempo.
No os pido que vengais dulces, sabrosas,
Pues no hallaréis camino, senda ó paso
De reducirme al sér que ya he perdido,
Horas, á cualquier otro venturosas,
Aquellos que del mortal traspaso,
Aquellos de mi muerte sola os pido.

Después que los pastores escucharon lo que Silerio cantado habia, sin que él los viese, se volvieron á encontrar los demas que allí venian con intencion que Timbrio hiciese lo que agora oiréis. Que fué, que habiéndole dicho de la manera que habian hallado á Silerio, y en el lugar do quedaba, le rogó Tirsi que sin que ninguno dellos se le diese á conocer, se fuesen llegando poco á poco hácia él, ora los viese ó no, porque aunque la noche hacia clara, no por eso sería alguno conocido, y que hiciese ansimismo que Nísida ó él algo cantasen; y todo esto hacia por entretener el gusto que de su venida habia de recibir Silerio. Contentóse Timbrio dello, y diciéndoselo á Nísida, vino en su mismo parecer, y así cuando á Tirsi le pareció que estaban ya tan cerca, que de Silerio podrian ser oídos, hizo á la bella Nísida

que comenzase; la cual al son del rabel del celoso Orfeño, desta manera comenzó á cantar.

NÍSIDA.

Aunque es el bien que poseo
Tal, que al alma satisface,
Le turba en parte y deshace
Otro bien que ví y no veo;
Que amor y fortuna escasa,
Enemigos de mi vida,
Me dan el bien por medida,
Y el mal sin término ó tasa.

En el amoroso estado,
Aunque sobre el merecer
Tan solo viene el placer
Cuanto el mal acompañado;
Andan los males unidos
Sin un momento apartarse,
Los bienes por acabarse,
En mil partes divididos.

Lo que cuesta, si se alcanza,
Del amor algun contento,
Declárelo el sufrimiento,
El amor y la esperanza:
Mil penas cuesta una gloria,
Un contento mil enojos,
Sábentlo bien estos ojos,
Y mi cansada memoria:

La cual se acuerda contino
De quien pudo mejoralla,
Y para hallarle, no halla
Alguna senda ó camino.
¡Ay dulce amigo de aquel
Que te tuvo por tan suyo,
Cuanto él se tuvo por tuyo,
Y cuanto yo lo soy dél!

Mejora con tu presencia
Nuestra no pensada dicha,
Y no la vuelva en desdicha
Tu tan larga esquiva ausencia:
A duro mal me provoca
La memoria que me acuerda,
Que fuiste loco, y yo cuerda,
Y eres cuerdo, y yo estoy loca.

Aquel que por buena suerte
Tú mismo quisiste darme,
No ganó tanto en ganarme
Cuanto ha perdido en perderme:
Mitad de su alma fuiste,
Y medio por quien la mia
Pudo alcanzar la alegría
Que tu ausencia tiene triste.

Si la extremada gracia con que la hermosa Nísida cantaba causó admiracion á los que con ella iban, ¿qué causaria en el pecho de Silerio, que sin faltar punto, notó y escuchó todas las circunstancias de su canto? Y como tenia tan en el alma la voz de Nísida, apenas comenzó á resonar en sus oídos el acento suyo, cuando él se llegó á alborotar, y á suspender y enajenar de sí mismo, elevado en lo que escuchaba. Y aunque verdaderamente le pareció que era la voz de Nísida aquella, tenia tan perdida la esperanza de verla, y mas en semejante lugar, que en ninguna manera podia asegurar su sospecha. Desta suerte llegaron todos donde él estaba; y en saludándole Tirsi, le dijo: Tan aficionados nos dejaste, amigo Silerio, de la condicion y conversacion tuya, que atraídos Damon y yo de la experiencia, y toda esta compañía de la fama della, dejando el camino que llevábamos, te hemos venido á buscar á tu ermita, donde no hallándote, como no te hallamos, quedara sin cumplirse nuestro deseo, si el son de tu arpa y de tu estimado canto aquí no nos hubiera encaminado. Harto mejor fuera, señores, responder Silerio, que no me halláredes, pues en mí no hallaréis sino ocasiones que á tristeza os muevan, pues la que yo padezco en el alma, tiene cuidado el tiempo cada día de renovarla, no solo con la memoria del bien pasado, sino con las sombras del presente, que al fin lo serán, pues de mi ventura no se puede esperar otra cosa que bienes fingidos y temores ciertos. Lástima pusieron las razones de Silerio en todos los que le conocian, principalmente en Timbrio, Nísida y Blanca, que tanto le amaban, y luego quisieran dársele á conocer, si no fuera por no salir de lo que Tirsi les habia rogado: el cual hizo que todos sobre la verde yerba se sentasen, y de manera que los rayos de la clara luna hiriesen de espaldas los rostros de Nísida y Blanca, porque Silerio no los conociese. Estando pues desta suerte, y después que Damon á Silerio habia dicho algunas palabras de consuelo, porque el tiempo no se pasase todo en tratar en cosas de tristeza, y por dar principio á que la de Silerio feneciese, le rogó que su arpa tocase, al son de la cual el mesmo Damon cantó este soneto.

DAMON.

Si el áspero furor del mar airado
Por largo tiempo en su rigor durase,
Mal se podria hallar quien entregase
Su flaca nave al piélagos alterado.
No permanece siempre en un estado
El bien ni el mal, que el uno y otro vase;
Porque si huyese el bien, y el mal quedase,
Ya sería el mundo á confusion tornado.
La noche al dia, y el calor al frio,
La flor al fruto van en seguimiento,
Formando de contrarios igual tela.
La sujecion se cambia en señorío,
En el placer el pesar, la gloria en viento,
Che per tal variar natura è bella.

Acabó Damon de cantar, y luego hizo de señas á Timbrio que lo mismo hiciese: el cual al son de la arpa de Silerio dió principio á un soneto, que en el tiempo del hervor de sus amores habia hecho, el cual de Silerio era tan sabido, como del mesmo Timbrio.

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento,
Tal fe, tal suerte y tal valor alcanza.

No pudo acabar Timbrio el comenzado soneto, porque el oír Silerio su voz, y el conocerle todo fué uno, y sin ser parte á otra cosa, se levantó de do sentado estaba, y se fué á abrazar del cuello de Timbrio con muestras de tan extraño contento y sobresalto, que sin hablar palabra se transpuso y estuvo un rato sin acuerdo, con tanto dolor de los presentes, temerosos de algun mal suceso, que ya condenaban por mala el astucia de Tirsi; pero quien mas extremos de dolor hacia, era la hermosa Blanca, como aquella que tiernamente le amaba. Acudió luego Nísida y su hermana á remediar el desmayo de Silerio, el cual á cabo de poco espacio volvió en sí, diciendo: ¡Oh poderoso cielo! ¿es posible que el que tengo presente es mi verdadero amigo Timbrio? Es Timbrio el que oigo? Es Timbrio el que veo? Si es, si no me burla mi ventura, y mis ojos no me engañan. Ni tu ventura te burla, ni tus ojos te engañan, dulce amigo mio, respondió Timbrio, que yo soy el que sin tí no era, y el que no fuera jamas, si el cielo no permitiera que te hallara. Cesen ya tus lágrimas, Silerio amigo, si por mí las has derramado, pues ya me tienes presente; que yo atajaré las mias, pues te tengo delante, llamándome el mas dichoso de cuantos viven en el mundo, pues mis desventuras y adversidades han traido tal descuento, que goza mi ánima de la posesion de Nísida, y mis ojos de tu presencia. Por estas palabras de Timbrio entendió Silerio que la que cantado habia, y la que allí estaba era Nísida; pero certificóse mas en ello, cuando ella mesma le dijo: ¿Qué es esto, Silerio mio? Qué soledad y qué hábito es este, que tantas muestras dan de tu descontento? Qué falsas sospechas, ó qué engaños te han conducido á tal extremo, para que Timbrio y yo le tuviésemos de dolor toda la vida, ausentes de tí, que nos la diste? Engaños fueron, hermosa Nísida, respondió Silerio; mas por haber traido tales desengaños, serán celebrados de mi memoria el tiempo que ella me durare. Lo mas deste tiempo tenia Blanca asida una mano de Silerio, mirándole atentamente al rostro, derramando algunas lágrimas; que de la alegría y lástima de su corazon daban manifesto indicio. Largo sería de contar las palabras de amor y contento que entre Silerio, Timbrio, Nísida y Blanca pasaron, que fueron tan tiernas y tales, que todos los pastores que las escuchaban tenian los ojos baña-

dós en lágrimas de alegría. Contó luego Silerio brevemente la ocasión que le había movido á retirarse en aquella ermita, con pensamiento de acabar en ella la vida, pues de la dellos no había podido saber nueva alguna, y todo lo que dijo fué ocasión de avivar mas en el pecho de Timbrio el amor y amistad que á Silerio tenia; y en el de Blanca, la amistad de su miseria: y así como acabó de contar Silerio lo que despues que partió de Nápoles le había sucedido, rogó á Timbrio que lo mesmo hiciese, porque en extremo lo deseaba; y que no se recelase de los pastores que estaban presentes, que todos ellos ó los mas sabían ya su mucha amistad, y parte de sus sucesos. Holgóse Timbrio de hacer lo que Silerio pedía; y mas se holgaron los pastores, que ansimesmo lo deseaban: que ya porque Tirsi se lo había contado, todos sabían los amores de Timbrio y Nísida, y todo aquello que el mesmo Tirsi de Silerio había oído. Sentados pues todos, como ya he dicho, en la verde yerba, con maravillosa atención estaban esperando lo que Timbrio diría, el cual dijo: Despues que la fortuna me fué tan favorable y tan adversa, que me dejó vencer á mi enemigo, y me venció con el sobresalto de la falsa nueva de la muerte de Nísida, con el dolor que pensarse puede, en aquel mesmo instante me parlé para Nápoles, y confirmándose allí el desdichado suceso de Nísida, por no ver las casas de su padre, donde yo la había visto, y porque las calles, ventanas y otras partes donde yo la solía ver no me renovasen continuamente la memoria de mi bien pasado, sin saber qué camino tomase, y sin tener algun discurso mi albedrío, salí de la ciudad, y á cabo de dos dias llegué á la fuerte Gaeta, donde hallé una nave que ya quería desplegar las velas al viento para partirse á España: embarquéme en ella, no mas de por huir la odiosa tierra donde dejaba mi cielo; mas apenas los diligentes marineros zarparon los ferros y descogieron las velas, y al mar algun tanto se alargaron, cuando se levantó una no pensada y súbita borrasca, y una ráfaga de viento embistió las velas del navio con tanta furia, que rompió el árbol del trinquete, y la vela mesana abrió de arriba abajo: acudieron luego los prestos marineros al remedio, y con dificultad grandísima amainaron todas las velas, porque la borrasca crecía, y la mar comenzaba á alterarse, y el cielo daba señales de durable y espantosa fortuna. No fué volver al puerto posible, porque era maestra el viento que soplabá, y con tan grande violencia, que fué forzoso poner la vela del trinquete al árbol mayor, y amollar, como dicen, en popa, dejándose llevar donde el viento quisiese; y así comenzó la nave llevada de su furia á correr por el levantado mar con tanta lijereza, que en dos dias que duró el maestra, discurremos por todas las islas de aquel derecho, sin poder en ninguna tomar abrigo, pasando siempre á vista dellas, sin que Estrombalo nos abrigase, ni Lipar nos acogiese, ni el Cimbalo, Lampadosa, ni Pantanalea sirviesen para nuestro remedio: y pasamos tan cerca de Berberia, que los recién derribados muros de la Goleta se descubrian, y las antiguas ruinas de Cartago se manifestaban. No fué pequeño el miedo de los que en la nave iban, temiendo que si el viento algo mas reforzaba, era forzoso embestir en la enemiga tierra; mas cuando desto estaban mas temerosos, la suerte que mejor nos la tenía guardada, ó el cielo que escuchó los votos y promesas que allí se hicieron, ordenó que el

maestra se cambiase en un mediodía tan reforzado, y que tocaba en la cuarta del jaloque, que en otros dos dias nos volvió al mesmo puerto de Gaeta, donde habíamos partido; con tanto consuelo de todos, que algunos se partieron á cumplir las romerías y promesas que en el peligro pasado habían hecho: estuvo allí la nave otros cuatro dias reparándose de algunas cosas que le faltaban, al cabo de los cuales tornó á seguir su viaje con mas sosegado mar y próspero viento, llevando á vista la hermosa ribera de Génova, llena de adornados jardines, blancas casas y relumbrantes chapiteles, que beridos de los rayos del sol, reverberan con tan encendidos rayos que apenas dejan mirarse. Todas estas cosas que desde la nave se miraban, pudieran causar contento, como le causaban á todos los que en la nave iban, si no á mí que me era ocasión de mas pesadumbre: solo el descanso que tenía era entretenerme lamentando mis penas, cantándolas, ó por mejor decir, llorándolas al son de un laud de uno de aquellos marineros: y una noche me acuerdo, y aun es bien que me acuerde, pues en ella comenzó á amanecer mi día, que estando sosegado el mar, quietos los vientos, las velas pegadas á los árboles, y los marineros sin cuidado alguno, por diferentes partes del navio tendidos, y el timonero casi dormido por la bonanza que había, y por la que el cielo aseguraba; en medio deste silencio, y en medio de mis imaginaciones, como mis dolores no me dejaban entregar los ojos al sueño, sentado en el castillo de popa, tomé el laud, y comencé á cantar unos versos que habré de repetir agora; porque se advierte de qué extremo de tristeza, y cuán sin pensarlo me pasó la suerte al mayor de alegría que imaginar supiera: era, si no me acuerdo mal, lo que cantaba, esto.

TIMBRIO.

Agora que calla el viento,
Y el sesgo mar está en calma,
No se calle mi tormento,
Salga con la voz el alma
Para mayor sentimiento;
Que para contar mis males,
Mostrando en parte que son
Por fuerza, han de dar señales
El alma y el corazón
De vivas ansias mortales.

Llévome el amor en vuelo
Por uno y otro dolor
Hasta ponerme en el cielo,
Y agora muerte y amor
Me han derribado en el suelo:
Amor y muerte ordenaron
Una muerte y amor tal,
Cual en Nísida causaron,
Y de mi bien y su mal
Eterna fama ganaron.

Con nueva voz y terrible
De hoy mas, y en son espantoso
Hará la fama creible
Que el amor es poderoso,
Y la muerte es invencible:
De su poder satisfecho
Quedará el mundo, si advierte
Qué hazaña los dos han hecho,
Qué vida llevó la muerte,
Qué tal tiene amor mi pecho.

Mas creo, pues no he venido
A morir, ó estar más loco
Con el daño que he sufrido,
O que muerte puede poco,
O que no tengo sentido;
Que si sentido tuviera,
Segun mis penas crecidas
Me persiguen donde quiera,
Aunque tuviera mil vidas,
Cien mil veces muerto fuera.

Mi vitoria tan subida
Fué con muerte celebrada
De la mas ilustre vida
Que en la presente ó pasada
Edad fué, ni es conocida:
Della llevé por despojos
Dolor en el corazón,
Mil lágrimas en los ojos,
En el alma confusión;
Y en el firme pecho enojos.

Oh fiera mano enemiga!
Como si allí me acabaras,
Te tuviera por amiga,
Pues con matarme estorbaras
Las ansias de mi fatiga!
Oh cuán amargo descuento
Trujo la vitoria mia,
Pues pagaré, segun siento,
El gusto solo de un día
Con mil siglos de tormento!

Tú, mar, que escuchas mi llanto
Tú, cielo, que lo ordenaste,
Amor, por quien lloro tanto,
Muerte, que mi bien llevaste,
Acabad ya mi quebranto;
Tú, mar, mi cuerpo recibe,
Tú, cielo, acoge mi alma,
Tú, amor, con la fama escribe
Qué muerte llevó la palma
Desta vida que no vive.

No os descuideis de ayudarme,
Mar, cielo, amor y la muerte.
Acabad ya de acabarme,
Que será la mejor suerte
Que yo espero y podréis darme.
Pues si no me anega el mar,
Y no me recoge el cielo,
Y el amor ha de durar,
Y de no morir recelo,
No sé en qué habré de parar.

Acuérdome que llegaba á estos últimos versos que he

dicho, cuando sin poder pasar adelante, interrumpido de infinitos suspiros y sollozos que de mi lastimado pecho despedía, aquejado de la memoria de mis desventuras, del puro sentimiento dellas vine á perder el sentido con un parasismo tal, que me tuvo un buen rato fuera de todo acuerdo; pero ya despues que el amargo accidente hubo pasado, abrí mis cansados ojos, y halléme puesta la cabeza en las faldas de una mujer vestida en hábito de peregrina, y á mi lado estaba otra con el mesmo traje adornada, la cual estando de mis manos asida, la una y la otra tiernamente lloraban. Cuando yo me vi de aquella manera, quedé admirado y confuso, y estaba dudando si era sueño aquello que veía, porque nunca tales mujeres había visto jamás en la nave despues que en ella andaba. Però desta confusión me sacó presto la hermosa Nísida, que aquí está, que era la peregrina que allí estaba, diciéndome. ¡Ay, Timbrio, verdadero señor y amigo mio! ¡qué falsas imaginaciones, ó qué desdichados accidentes han sido parte para poneros donde agora estáis, y para que yo y mi hermana tuviésemos tan poca cuenta con lo que á nuestras honras debíamos, y que sin mirar en inconveniente alguno hayamos querido dejar nuestros amados padres, y nuestros usados trajes con intención de buscaros, y desengañaros de tan incierta muerte mia, que pudiera causar la verdadera vuestra! Cuando yo tales razones oí, de todo punto acabé de creer que soñaba, y que era alguna vision aquella que delante de los ojos tenía, y que la continua imaginacion que de Nísida no se apartaba, era la causa que allí á los ojos viva la representase. Mil preguntas les hice, y á todas ellas enteramente me satisficieron primero que pudiese sosegar el entendimiento, y enterarme que ellas eran Nísida y Blanca. Mas cuando yo fuí conociendo la verdad, el gozo que sentí fué de manera, que tambien me puso en condicion de perder la vida, como el dolor pasado había hecho. Allí supe de Nísida cómo el engaño y descuido que tuviste, ó Silerio, en hacer la señal de la toca, fué la causa para que creyendo algun mal suceso mio, le sucediese el parasismo y desmayo tal, que todos creyeron que era muerta, como yo lo pensé, y tú, Silerio, lo creiste: díjome tambien cómo despues de vuelta en sí supo la verdad de la vitoria mia, junto con mi súbita y arrebatada partida, y la ausencia tuya, cuyas nuevas la pusieron en extremo de hacer verdaderas las de su muerte; pero ya que al último término no la llevaron, hicieron con ella y con su hermana, por industria de una ama suya que con ellas venía, que vistiéndose en hábitos de peregrinas, desconocidamente se saliesen de con sus padres una noche que llegaban junto á Gaeta á la vuelta que á Nápoles se volvian; y fué á tiempo que la nave donde yo estaba embarcado, despues de reparada de la pasada tormenta, estaba ya para partirse, y diciendo al capitán que querian pasar en España para ir á Santiago de Galicia, se concertaron con él, y se embarcaron con presupuesto de venir á buscarme á Jerez, do pensaban hallarme, ó saber de mi nueva alguna: y en todo el tiempo que en la nave estuvieron, que serian cuatro dias, no habían salido de un aposento que el capitán en la popa les había dado, hasta que oyéndome cantar los versos que os he dicho, y conociéndome en la voz, y en lo que en ellos decía, salieron al tiempo que os he contado, donde solemnizando con alegres lágrimas el contento de

habernos hallado, estábamos mirándonos los unos á los otros, sin saber con qué palabras engrandecer nuestra nueva y no pensada alegría, la cual se acrecentara mas, y llegara al término y punto que agora llega, si de tí, amigo Silerio, allí supiéramos nueva alguna: pero como no hay placer que venga tan entero, que de todo en todo al corazón satisfaga, en el que entónces teníamos no solo nos faltó tu presencia, pero aun las nuevas della. La claridad de la noche, el fresco y agradable viento (que en aquel instante comenzó á herir las velas próspera y blandamente), el mar tranquilo y desembarazado cielo, parece que todos juntos y cada uno por sí ayudaban á solenizar la alegría de nuestros corazones.

Mas la fortuna variable, de cuya condicion no se puede prometer firmeza alguna, envidiosa de nuestra ventura quiso turbarla con la mayor desventura que imaginarse pudiera, si el tiempo y los prósperos sucesos no la hubieran reducido á mejor término. Sucedió pues que á la sazón que el viento comenzaba á refrescar, los solícitos marineros izaron mas todas las velas, y con general alegría de todos seguro y próspero viaje se aseguraban. Uno de ellos, que á una parte de la proa iba sentado, descubrió con la claridad de los bajos rayos de la luna, que cuatro bajeles de remo á larga y tirada boga, con gran celeridad y priesa hacia la nave se encaminaban, y al momento conoció ser de contrarios, y con grandes voces comenzó á gritar: Arma, arma, que bajeles turquescos se descubren. Esta voz y súbito alarido puso tanto sobresalto en todos los de la nave, que sin saber darse maña en el cercano peligro, unos á otros se miraban; mas el capitán della (que en semejantes ocasiones algunas veces se había visto) viniéndose á la proa, procuró reconocer qué tamaño de bajeles y cuántos eran, y descubrió dos mas que el marinero, y conoció que eran galeotas forzadas, de que no poco temor debió de recibir; però disimulando lo mejor que pudo, mandó luego alistar la artillería, y cargar las velas todo lo mas que se pudiese la vuelta de los contrarios bajeles, por ver si podría entrarse entre ellos, y jugar de todas bandas la artillería. Acudieron luego todos á las armas, y repartidos por sus postas como mejor se pudo, la venida de los enemigos esperaban. ¿Quién podrá significaros, señores, la pena que yo en esta sazón tenía, viendo con tanta celeridad turbado mi contento, y tan cerca de poder perderle; y mas cuando vi que Nísida y Blanca se miraban sin hablarse palabra, confusas del estruendo y vocería que en la nave andaba, y viéndome á mí rogarles que en su aposento se encerrasen, y rogasen á Dios que de las enemigas manos nos librase? Paso y punto fué este, que desmaya la imaginacion, cuando dél se acuerda la memoria: sus descubiertas lágrimas, y la fuerza que yo me hacia por no mostrar las mías, me tenían de tal manera, que casi me olvidara de lo que debía hacer, de quién era, y á lo que el peligro obligaba; mas en fin las hice retraer á su estancia casi desmayadas, y cerrándolas por defuera, acudí á ver lo que el capitán ordenaba, el cual con prudente solicitud todas las cosas al caso necesarias estaba proveyendo; y dando cargo á Darinto, que es aquel caballero que hoy se partió de nosotros, de la guarda del castillo de proa, y encomendándome á mí el de popa, él con algunos marineros y pasajeros, por todo el cuerpo de la nave á una y á otra parte discurría. No tardaron mucho en llegar los enemigos, y tardó harto mé-